

El elemento personal en la poesía de Darío

Rubén del Rosario

INTROITO

Decía el admirable José Enrique Rodó –a quien hay que mencionar siempre que se hable de Darío, por diversos motivos– que nuestro americano Orfeo era un gran poeta exquisito. Juzgándole por el libro *PROSAS PROFANAS*, le consideraba insensible, poco expansivo, ajeno a toda solidaridad social, abroquelado en una especie de parnasianismo en que sólo rendía culto al arte y la belleza.

Libros posteriores invalidaban esta primera apreciación de Rodó, aunque no afectaran en nada su magnífico ensayo. Después de publicados esos libros, la crítica se hizo cargo de la nueva actitud del poeta; pero no llegó a producir lo definitivo sobre la materia. Fragmentariamente se ha dicho mucho sobre el asunto, eso sí; mas nada exhaustivo se ha escrito demostrando la evolución lenta y consciente hacia la expresión de motivos inspirados en su yo íntimo.

Nosotros vamos a intentar ese estudio. Para llegar al sitio de donde deseamos ir, debemos antes recorrer los libros de versos a Darío.

PROSAS PROFANAS

Las obras iniciales de versos publicados por el autor que analizamos, *PRIMERAS NOTAS*, *ABROJOS*, son, como diría Coester, “a series of rimed reminiscences of his reading”. Obras de calco e imitación, en ellas no deslumbra lo que llamaremos el elemento personal de su poesía. Lo mismo se puede decir de otros volúmenes formados luego que murió Darío con poemas escritos en su adolescencia y juventud.

Después de esas obras viene AZUL (1888). La sección en verso del volumen apenas deja entrever al poeta que ha de surgir en el futuro. Ya en él apunta el parnasianismo de PROSAS PROFANAS (1896). De sus poesías se dirá lo que de las áulicas prosas.

“Los que, ante todo, buscáis en la palabra de los versos, la realidad del mito del pelícano, la ingenuidad de la confesión, el abandono generoso y veraz de un alma que se os entrega toda entera, renunciad por ahora a cosechar estrofas que sangren como arrancadas a entrañas palpitantes. Nunca el áspero grito de la pasión devoradora e intensa se abre paso al través de los versos de este artista poéticamente calculador, del que se diría que tiene el cerebro macerado en aromas y el corazón vestido de piel de Suecia. También sobre la expresión del sentimiento personal triunfa la preocupación suprema del arte, que subyuga a ese sentimiento y lo limita...” Así se expresaba Rodó hablando de Darío, después de leer PROSAS PROFANAS. Nada más atinado se puede escribir sobre el carácter general de este libro de versos.

Una frialdad parnasiana encubre al poeta que en otros libros lanzará “el áspero grito de la pasión devoradora e intensa”. No obstante, asoma a ratos este poeta en las prosas innovadoras. Cuando asoma el sentimiento se diluye en demasiados versos, como en “El reino interior”; o en complicadas erudiciones como en “Heraldos”. La sección denominada “Las ánforas” es quizá la parte más personal del volumen.

CANTOS DE VIDA

Y ESPERANZA

Darío, el mejor representativo del tipo del *deraciné*, siempre lleno de viva curiosidad de saber, nutrido de literatura europea, no podía substraerse a la evolución natural del poeta hacia la sencillez y la sinceridad. Después de la pompa decorativa de sus prosas había de venir la reacción. Y así fue. Los nuevos cantos, hijos de una profunda meditación, contrastan con los anteriores por su mayor hondura ideológica y su sincera desnudez. En puridad de verdad, CANTOS DE VIDA Y ESPERANZA (1905) está a mayor altura que PROSAS PROFANAS. Porque la poesía menos adiposa es más poesía. Porque lo profundo tiene más probabilidades de perduración que lo banal.

Como era de esperarse, el nuevo tomo de versos es en gran parte personal e íntimo. En él están expresos los sueños, desengaños, en fin, todo lo personal del autor. Todo el dolor del poeta lo hallamos en este libro. Veamos.

Una introducción en endecasílabos sirve de puente levadizo para entrar en este maravilloso castillo métrico. Tiene el mismo tono melancólico que pervade todos los poemas subjetivos de Darío y que nos hace recordar el postulado de Edgar Allan Poe: “Melancholy is... the most legitimate of all the poetical tones”. La movilidad del ritmo, la sinceridad, la belleza alada de esta joya poemática nos tientan a transcribirla íntegra; mas no lo haremos en honor a la verdad.

Una serie de sonetos medio introspectivos forman los llamados “Pegaso”, “La dulzura del ángelus”, “Melancolía”, y el “Soneto autumnal al marqués de Bradomín”. Mayor extensión tiene el bíblico “Canto de esperanza”, en que lo verdaderamente personal aparece en la última línea; los que comienzan “Qué signos haces, oh, Cisne, con tu encorvado cuello...” y “Divina Psiquis, dulce mariposa invisible”; y los titulados “Marina” y “Augurios”.

Toda la belleza del libro culmina en la “Canción de otoño en primavera” en que Darío orea y remoza el antiguo enneasílabo español. Es, como ha dicho alguien, la mejor poesía escrita después del Siglo de Oro de la literatura española e indubitavelmente uno de los mejores poemas de nuestra lengua. Su magno valor se debe a la intensa emoción de que está impregnada y a su fragilidad, tras la cual asoma el alma candorosa del poeta.

Por último, hay en este volumen otras poesías hondamente personales, de poca extensión: “Spes”, “Oh terremoto mental”, “De otoño”, y “Allá, lejos” son algunas. Pero las que tienen la máxima intensidad emotiva son los “Nocturnos” y “Lo fatal”. El primer “Nocturno”, muy hermoso, comienza:

Quiero expresar mi angustia que abolida
Dirán mi juventud de rosas y de ensueños,
Y la desfloración amarga de mi vida
Por un vasto dolor y cuidados pequeños.

A pesar de la amargura que el poeta pone en este primer “Nocturno”, es menos amargo, tiene menos emoción que el segundo, del cual transcribimos una estrofa esencial:

Como en un vaso vierto en ellos mis dolores
De lejanos recuerdos y desgracias funestas,
Y las tristes nostalgias de mi alma, ebria de flores,
Y el duelo de mi corazón triste de fiestas.

El poemita “Lo fatal” no es tan intenso y original como los “Nocturnos”, pero tiene mayor universalidad.

EL CANTO ERRANTE

En el volumen EL CANTO ERRANTE (1907) se continúa lo que es apenas germen en otros anteriores y que produce árboles tan lozanos como las composiciones personales “Metempsychosis”, “Momotombo”, “Versos de otoño”, “La hembra del pavo real”, “Hondas”, “Caso”, “Flirt”, “La canción de los pinos” y en algún otro.

“Revelación”, “Eco y yo”, “Visión” y “Sum” son mucho más subjetivos. “¡Eheu!”, poema tierno y sencillo como pocos, expresa también sentimientos íntimos:

Aquí, junto al mar latino,
Digo la verdad:
Siento en roca, aceite y vino
yo mi antigüedad.
Oh, qué anciano soy, Dios santo.
Oh, qué anciano soy...
¿De dónde viene mi canto?
Y yo ¿adónde voy?
El conocerme a mí mismo
ya me va costando
muchos momentos de abismo
y el cómo y el cuándo...

Solamente otro angustioso Nocturno incluido en esta colección puede compararse a esa poesía. Además de estos versos debemos apuntar la “Epístola” a la señora de Lugones, composición que si desde el punto de vista estético nada vale, es muy interesante por los pequeños datos autobiográficos que en ella nos comunica.

POEMA DEL OTOÑO

Toda la sencillez genial de Darío está vertida en el POEMA DEL OTOÑO (1910). Detrás de este libro, subjetivo como los CANTOS, vendrá la fatal e inevitable decadencia que nos pinta Vargas Vila en su obra.

Escuchemos la nota personal en buena parte de la sección “Intermezzo Tropical”. Pero donde sobresale es en las poesías “Valldemosa”, “Pequeño poema de carnaval” y “La Cartuja”. El primer poema son seis estrofas bellamente descriptivas de los montes de Valldemosa, en que el poeta “vaga con los corderos y con las cabras trepa”. El segundo es un poema escrito en París, en el cual no aparecen sus antiguas versallerías, sino que canta las de la moderna Lutecia. “La Cartuja” se puede dividir en dos partes: una puramente objetiva y otra –que empieza en la duodécima estrofa– en que desnuda su espíritu de las pasiones mundanas y quisiera:

Sentir la unción de la divina mano,
ver florecer de eterna luz mi anhelo,
y oír como un Pitágoras cristiano
la música teológica del cielo.

Y al fauno que hay en mí, darle la ciencia,
que el Ángel hace estremecer las alas.
Por la oración y por la penitencia
poner en fuga a las diablas malas.

.....
Darme unas manos de disciplinante
que me dejen el lomo ensangrentado,
y no estas manos lúbricas de amantes
que acarician las pomas del pecado.

El poema –tan bello, tan humano– contrasta de manera singular con el canto primero del libro, que supera “La Cartuja” en sencillez y en profundidad. Allí dice el poeta:

Goza de la carne, ese bien
que hoy nos hechiza,
y después se tornará en
polvo y cenizas.

El contraste, plenamente evidenciado, nos muestra la lucha interna que sostuvo Darío en su atormentada vida. Además añade peso al paralelo entre Verlaine y él, pues ilustra la existencia en éste de esa misma dualidad anímica que Rodó negaba a Darío y atribuía al Pobre Lelian.

OTRAS OBRAS

Después del POEMA DEL OTOÑO, no hay tomo alguno de poesías líricas publicado por el poeta de *son vivant*. Muerto él, podemos leer sus últimos versos en tres o cuatro libros póstumos. En una edición del CANTO A LA ARGENTINA de 1918, se incluye la poesía rubricada “Retorno”, con la cual se despide Darío de Nicaragua al finalizar su viaje famoso. En ella percibimos alguna que otra nota personal:

Por atavismo griego o por fenicia influencia,
siempre he sentido en mí ansia de navegar,
y Jasón me ha legado su sublime experiencia
y el sentir en mi vida los misterios del mar.

En el libro intitulado LIRA PÓSTUMA (1919) encontramos bastante elemento personal, pues el volumen lo constituyen versos de ocasión. Es cierto que en su mayoría estas poesías tienen la mencionada nota subjetiva. Los versos en que aparece el elemento personal son los versos “A Francisca”, “A un poeta”, “Cantares andaluces” y el bien redondeado soneto “Alma mía”. El poema “Divina Psiquis”, que vimos en otra obra, está reproducido en ésta y es en verdad lo que más interesa desde nuestro punto de vista.

BALADAS Y CANCIONES (1923), formada con poesías sueltas de diferentes épocas, incluye también el toque personal. La sección con la rúbrica “Sonetos” descuella en todos sentidos. “Español”, “Toison”, “A Fabio Fiallo”, y “En las constelaciones”, sobresalen dentro de la propia sección. Un “Tríptico de Nicaragua”, rimado con recuerdos infantiles, es no obstante menos personal que los sonetos aludidos.

ÚLTIMAS CONSIDERACIONES

Resumiendo nuestras observaciones, diremos que de la obra poética de Darío es necesario descartar los primeros libros: ya en *Azul y Prosas Profanas* se vislumbran sentimientos que en volúmenes posteriores expresará con suma intensidad el cantor, iluminado entonces por los radiosos lampos del genio; esta expresión llega a su perihelio¹ en el POEMA DEL OTOÑO y luego se desvanece lentamente.

La historia de los pueblos registra un hecho que ha dado base a una regla, usada por la crítica a menudo. La regularidad con que se repite el fenómeno justifica la ley que de él deriva, y es que la épica se desarrolla antes que la poesía lírica. Esta regla podemos aplicarla también al individuo, pues el fenómeno se registra en las más diversas organizaciones poéticas. Si la aplicamos a Darío, veremos que estamos justificados. La poesía lírica impersonal, fría, tiene muchas de las características de la épica. Como es fácil observar, en él esta clase de poesía desaparece poco a poco para dar lugar a otra íntima y emocional, que es sin duda alguna lírica en la pura e incontaminada acepción del vocablo. A la luz de nuestro análisis, demostrativo de este creciente interés de Darío en sus propias cosas, vemos que quienes tildaban al poeta de insensible y poco expansivo no estaban en lo cierto después de publicado CANTOS DE VIDA Y ESPERANZA.

Nada hay más universal que aquello que está recóndito en nosotros mismos y que juzgamos menos privativo de las demás personas. Una poesía basada en tales sentimientos por fuerza ha de ser humana y eterna. Por ello, entre los elementos que componen la irisada

¹ Perihelio: punto en que una planta está más cerca del sol. [Nota del editor.]

obra de este poeta demiúrgico, el elemento personal, que hemos discutido desde que germina hasta que fructifica, resistirá con mayor entereza los oleajes del Olvido. Abrigamos la esperanza de que, cuando gran parte de su obra literaria se desconozca o desprecie por falta de actualidad, las poesías en que vibran sus personales sentimientos se leerán todavía con delectación y le conquistarán su más preciado lauro.

29-30 de diciembre de 1926²

² Rubén del Rosario, "El elemento personal en la poesía de Darío", *El Imparcial*, año XII, número 144, 16 de junio de 1929; p. 4.